

MIRET MAGDALENA

ENTRE LA OPOSICION Y LA INDIFERENCIA Cualquiera que haya leído la Prensa mundial estos días habrá podido comprobar que la encíclica *Humanae Vitae*, de Pablo VI, ha suscitado moderadas aprobaciones y, sobre todo, vivas repulsas por parte de creyentes y no-creyentes.

Pero es más importante todavía advertir que en la infra-población de los suburbios de las grandes capitales, o entre las tres cuartas partes de la humanidad que pasan hambre, esta encíclica no ha tenido repercusión. Ha pasado por ellas entre la indiferencia y la ignorancia. El capellán de la Universidad de Utrecht, Padre Kamphuis, lo ha dicho: «La opinión pública es indiferente ante una tal decisión pontificia».

Sólo en los núcleos de población un poco más inquieta o un poco más culta ha tenido repercusión favorable o desfavorable. Y entre éstos se encuentra la oposición decidida en el extranjero de los grupos protestantes y de ciertos amplios núcleos ortodoxos y católicos, tanto de clérigos como de seglares, que más o menos públicamente han mostrado su disconformidad. Lo que no es previsible —como muy bien ha dicho el Cardenal Alfrink— es un cisma, una separación de la Iglesia, o una enemiga cerrada contra ésta. Porque, poco a poco, todos los católicos y los no-católicos hemos empezado a adquirir una adulez, una mayoría de edad que antes no teníamos y —acertados y desacertados en nuestra postura— queremos de buena fe ser católicos —u hombres honrados— conscientes, y no ovejas mudas o ciegas.

También ha habido desilusionados, que esperaban de este documento más de lo que podía dar. El Padre jesuita belga, especialista en natalidad, P. Delepiere, es uno de ellos: «Estoy decepcionado —dice—, y pienso que la opinión católica occidental quedará decepcionada».

Los Obispos —por su parte— han hecho declaraciones mesuradas que, bien vistas, corresponden a su actitud de pastores, preocupados por la reacción de los hombres y mujeres a su cuidado, más que por ser profetas valientes de un futuro previsible. No entran —al contrario de bastantes teólogos— en una reflexión crítica, sino que adoptan una actitud pastoral.

El Cardenal Doepfner —por ejemplo— era conocido por su postura moderadamente abierta hacia el control de natalidad, de acuerdo con la conciencia personal de los cónyuges; pero ahora no insiste en su opinión, sólo le preocupa la dificultad sentida por los creyentes a la hora de intentar realizar el ideal severo marcado por el Papa, que es contrario —en principio— a los anti-conceptivos, porque sólo salva el hoy discutido método de la continencia periódica. Prevé este Cardenal la «tarea difícil» para los sacerdotes, que será intentar la aplicación de este principio, y —como el Cardenal Heenan— adopta una postura matizada y comprensiva.

No han declarado públicamente estos Obispos lo que el profesor de moral de la Universidad Católica de Washington, Padre Curran (junto con 87 teólogos católicos): «que la contracepción artificial, en ciertos casos concretos, puede ser exigida para preservar y desarrollar los valores del matrimonio, si la conciencia lo dice de una manera responsable». Ni tampoco lo que afirma el agustino canadiense —perito conciliar— Padre Gregory Baum: «que los católicos, si su propia conciencia se lo dice, pueden llegar a estar en desacuerdo con el Papa... porque la Iglesia tiene autoridad para enseñar, pero la regulación de nacimientos está ligada a la humana prudencia, y sus enseñanzas no son infalibles y pueden ser modificadas». Ni lo que ha declarado el canónigo belga de Loch —director del Centro de Pastoral Familiar—, que se muestra «entristecido, decepcionado y turbado... porque el Papa se ha impresionado excesivamente por lo que ha creído que sería favorecer la pendiente hacia la indiferencia moral».

Han medido los Obispos sus palabras para que tuvieran un sentido pastoral positivo —y no negativo—; y han manifestado —como el Cardenal Koenig— que «la encíclica carga el acento sobre los principios, y evita entrar en los casos particulares...; porque es cierto que la definición de normas y principios éticos importantes no resuelve el problema para cada individuo, o cada pareja, pues hay que añadir a estas normas y principios

éticos otras consideraciones que son: la conciencia de cada uno, su situación particular y el progreso que vaya haciendo la medicina».

Una encíclica pontificia —que nunca es ni ha sido infalible— requiere, sin embargo, un asentimiento por parte de los católicos. Pero este asentimiento, como decía el teólogo Bouix ya en el siglo XIX, debe ser «prudente y proporcionado». Prudente, porque el Papa no hace una afirmación absoluta e irreformable. El Cardenal Cushing así lo ha dicho: «El asunto está decidido... por el momento». Este asentimiento debe ser proporcionado también al grado de importancia de cada afirmación que hace el Papa; porque no es lo mismo condenar tajantemente el aborto que prohibir simplemente la esterilización, y menos todavía, que los métodos anticonceptivos artificiales quedan, como norma general, excluidos. Lo primero es decisivo; lo segundo, importante, y lo tercero, ideal sujeto a circunstancias personales que son más pastorales que doctrinales. «Mi obediencia y mi lealtad al Papa —dice el arzobispo Hurley, de Durban— no se pueden poner en duda; pero estoy convencido de que deberían aumentar las discusiones en el seno de la Iglesia, y su importancia, cuando están en relación con tan graves problemas como el del control de la natalidad».

Pío IX, dirigiéndose a los católicos alemanes, exigía ya el asentimiento a estos documentos; y sin embargo, los teólogos aclararon que «tan pronto como aparezcan motivos suficientes para dudar, es prudente suspender el asentimiento que les damos» (Ch. Pesch, S. J., *Lecciones dogmáticas*). Lo mismo que dijo el Padre Palmieri, S. J. en su *Tratado del Romano Pontífice*: no se está obligado al asentimiento «si aparecen motivos de la persuasión a uno de otra cosa, sean estos motivos verdaderos o falsos, siempre que hayan sido adquiridos de buena fe».

Hoy adopta la misma postura la teología católica, representada por el Padre O. Semmelroth, S. J. o el Padre K. Rahner, S. J. porque según éste son «unos conocimientos fundamentalmente revisables...; y que, incluso, pueden llegar a ser abandonados».

Nos encontramos así ante un problema delicado: el de la fuerza que tiene —ante un problema moral— la propia conciencia. Algunos creen que esta apelación imprescindible a la conciencia es lo mismo que fomentar la superficialidad, la irresponsabilidad o la falta de consideración a la enseñanza externa de la Iglesia. Pero nada más alejado de ello. Porque este caso siempre fue previsto por la moral católica como caso límite y dolorosamente lícito. El moralista de Pablo VI, B. Haering, dice: «Si habiendo probado su propia sinceridad, llega uno a un juicio firme de conciencia, no se puede obedecer a la autoridad en contra de la conciencia» (*La Ley de Cristo*).

Porque la conciencia moral no es una impresión emotiva, ni un capricho egoísta, ni un automático escuchar lo que le dicen como un robot: es «un instinto espiritual de conservación que impulsa hacia la coherencia perfecta con el espíritu propio y con el mundo de lo verdadero y de lo bueno» (B. Haering); «la conciencia es un principio interno a nosotros», dijo el Cardenal Newman en su Carta abierta al Duque de Norfolk sobre la autoridad del Papa.

Por eso cabe, como vemos en esos teólogos católicos que antes cité, «una colisión entre la conciencia y la autoridad del Papa» (Newman), cuando éste no es infalible como no lo es en la encíclica *Humanae Vitae*. Y esa colisión puede darse en católicos que no son teólogos, como el Doctor Francisco Saes, presidente de la Asociación Católica de Médicos neerlandeses; o en su colega católico italiano, el Profesor Guido Caprio; o en el Profesor de Genética y Antropología de la Universidad de Friburgo, Doctor Baitsch; o en el vicepresidente de los Médicos Católicos Alemanes, von Lutlerrost; o en el Doctor Wuermeling, directivo de la Federación Internacional de Asociaciones Médicas Católicas.

No se debe predicar la rebelión en la Iglesia; pero se debe recordar —ante estas reacciones— una verdad católica indudable, expresada por Newman: «Si un precepto no-infalible del Papa tiene sentido de pecado y de injusticia en nuestra conciencia, debemos procurar repensar este sentido; pero si no podemos conformarnos con el juicio del Papa, es nuestro deber seguir la propia conciencia individual» (NEWMAN AND GLADSTONE: University of Notre Dame Press).